

# Respuesta a Juan Villoro

Eduardo Matos Moctezuma

*Juan Villoro ingresó a El Colegio Nacional el 25 de febrero pasado. En la ceremonia, el escritor mexicano leyó un discurso sobre la figura de Ramón López Velarde en la narrativa. El arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma fue el encargado de contestar al nuevo integrante del cuerpo colegiado, con un texto en que pasa revista del interés del autor de Arrecife por el pasado antiguo de México.*

La respuesta al discurso de ingreso de Juan Villoro representa para mí un gran privilegio y una enorme responsabilidad. Privilegio, porque considero a Juan uno de los grandes exponentes de la literatura mexicana actual que lo mismo nos dice del viento, de la tarde, de la tristeza y de la alegría. Su versatilidad es impresionante y ha transitado a través de la novela, el ensayo, la crónica, el cuento, el cine, el teatro, en fin, que nada dentro del mundo de las palabras le es ajeno. De su pluma brotan palabras que retratan situaciones y personajes que transitan por la vida con su propia carga y con cargas ajenas.

Responsabilidad, porque ante las razones expuestas no puedo menos que releer su vasta obra para estar al día en el quehacer de quien hoy ingresa a El Colegio Nacional. El tema que acaba de abordar con el título de “Históricas pequeñeces. Vertientes narrativas de Ramón López Velarde” viene a ser un agregado más a la de por sí enorme montaña literaria que Juan ha creado con profundo conocimiento, inteligencia, pasión, humor y buena pluma.

Hagamos un recuento de la vida y obra de Juan Villoro. Lo primero que llamó mi atención es la diversi-

dad de acciones que ha emprendido: ha sido maestro en la UNAM; en Boston University; en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y la Universidad de Princeton. A esto se unen las conferencias que ha dictado en las universidades de Tokio, La Sorbona, Princeton, Brown, La Sapienza de Roma, Bolonia, Lovaina, Dartmouth College, la Complutense de Madrid, la Central y la Autónoma de Barcelona; Rouen, Cambridge, Oxford, Essex y muchas más en que su voz ha sido escuchada. También ha ocupado diversas cátedras, entre las que hay que destacar la Julio Cortázar en Guadalajara, fundada por Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez.

Pero no para aquí el asunto. A lo anterior debemos agregar los estímulos a que ha sido acreedor: el Premio IBBY por su novela para niños *El profesor Ziper y la fabulosa guitarra eléctrica*, en 1992; *La casa pierde* le valió en 1999 el Premio Xavier Villaurrutia; en el año 2000 recibió el Premio Mazatlán por su libro de ensayos *Efectos personales*; la Editorial Anagrama le otorgó el Premio Herralde por la novela *El testigo* en 2004, en la que nos acerca a la figura de Ramón López Velarde; en 2007 se le adjudicó el Premio Antonin Artaud por su libro de cuentos *Los culpables*, otorgado por críticos de México



Juan Villoro y Eduardo Matos Motezuma en El Colegio Nacional

y Francia. Recibió en el año 2009 el Premio Las Pérgolas entregado por la Asociación de Libreros de México y en 2012 recibió el de la Asociación de Críticos de Espectáculos de Argentina, quienes consideraron a *Filosofía de vida* como la mejor comedia del año.

En el rubro del periodismo los reconocimientos de que ha sido objeto son notables. Hay que destacar *Dios es redondo*, libro de crónicas de fútbol, que ganó en 2006 el Premio Internacional de Periodismo Manuel Vázquez Montalbán; dos años después ganaba el Premio Ciudad de Barcelona en la categoría de periodismo por el reportaje sobre las fotografías de Robert Capa encontradas en México referentes a la Guerra Civil española y el Premio Iberoamericano de Periodismo Rey de España por la crónica “La alfombra roja. El imperio del narcoterrorismo”, misma que fue publicada en el *Periódico de Catalunya* en 2009. A esto se une el reciente Premio Fernando Benítez que se le entregó en la Feria Internacional del libro de Guadalajara a finales de 2013. Como colofón de esta impresionante lista de reconocimientos debemos mencionar el Premio Iberoamericano José Donoso al que se hizo acreedor en 2012 por parte de la Universidad de Talca, Chile, por el conjunto de su obra.

Hablar de las publicaciones de Juan Villoro es reiterar la enorme gama de temas por él tratados. Baste decir que alrededor de 34 libros han sido editados por diferentes casas editoriales. Pero, a todo esto, ustedes se preguntarán: ¿por qué un arqueólogo da la bienvenida a un hombre de letras? La respuesta está, precisamente, en que dentro de esa gran variedad de su obra tenemos títulos que, de una u otra manera, acuden al pasado prehispánico de nuestro país. Allí está, por ejemplo, el cuento “La noche navegable” que se ubica en Monte Albán. O la delicia de *Palmeras de la brisa rápida* en

donde el mundo maya aparece envuelto en pasajes familiares. Antonio Suárez, personaje de *El disparo de argón*, utiliza símbolos prehispánicos en el portal de su clínica y los desparrama en el interior de ella. En el libro *Los once de la tribu* incluye un reportaje con el título de “El patio del mundo” que trata acerca del juego de pelota, en donde vierte su conocimiento de fuentes como el *Popol Vuh* y la manera en que aún hoy día se practica el juego. En la novela *Materia dispuesta* hay un capítulo en el que se enfrentan los vestigios del pasado y el interés por construir sobre él una obra pública. Este dilema o lucha entre dos posiciones la vemos los arqueólogos en nuestro cotidiano quehacer y nos inclinamos, desde luego, por preservar el pasado. Otros escritos acuden a ese pasado y lo vemos en “El crepúsculo maya” o en el cómic *La calavera de cristal*, además del guión para la película *Vivir mata*, bajo la dirección de Nicolás Echeverría, que alude a los aztecas dentro del México actual y en algo que todos hemos padecido: un embotellamiento. Recientemente elaboró Villoro los guiones y fue conductor de la serie *Piedras que hablan* del Canal 22 al presentar 28 sitios arqueológicos en que se dialoga con las piedras y con los arqueólogos que las encuentran. Más recientemente tenemos su novela *Arrecife*, en donde los personajes se encuentran en la Riviera Maya en un *resort* llamado La Pirámide cuyo decorado reproduce motivos prehispánicos. Publicada en 2012, esta novela ha sido traducida al francés y el diario *Le Monde* acaba de sacar una reseña en que valora al autor y su obra. De igual manera, el ensayista venezolano José Balza le dedica un comentario que intitula “La media realidad”. No resistí al deseo de mencionarlo, ya que estamos ante la última novela de Juan y sus más recientes reseñas. La opinión de Balza se incluyó en el núme-

ro de febrero de este año en la *Revista de la Universidad de México* y comienza así:

Este es un libro de desarrollo zigzagueante, como ocurre con los relatos de Maupassant y ciertas novelas de Henry James, en los que la dirección previsible para el lector, una línea continua, va tomando ángulos inesperados, cuya lógica se endereza al final. O al menos así queremos creerlo. Como en sus otras narraciones, tal mecanismo esconde una de las claves para sentir la incesante vitalidad que Juan Villoro capta con sus ficciones, notable hasta en ese imantado recorrido por una vida real (la de Ramón López Velarde, *El testigo*, 2004).

La cita anterior me lleva a comentar el discurso de ingreso. La figura de Ramón López Velarde siempre será tema apasionante y más cuando se nos presenta una imagen sin retoques del poeta jerezano, a diferencia de muchos que han pretendido entrar, unos para bien y otros no tanto, para tratar de entender cada palabra que el poeta vertió en “La suave Patria”.<sup>1</sup> Nuestro autor ha podido tallar esa imagen hasta dejarla libre de pecado nacional. Allí está el López Velarde “celebrado hasta la devoción...” como dice, pero también el literato del que aún hay mucho por estudiar y en el que Villoro destaca la narrativa como uno de estos ejes. No voy a repetir aquí lo que ya hemos escuchado sobre el tema, pero sí deseo comentar que las facetas de un escritor no se agotan y en este caso la narrativa comparada abre caminos que aportan datos relevantes. Las similitudes que se hace de grandes personajes de las letras con nuestro poeta y prosista, especialmente cuando se acude a las “sombras paralelas” en alusión a Joyce y López Velarde, nos dan contrastes y semejanzas como lo plantea Villoro entre el autor de *Ulises* y el de “La suave Patria”. Esto es, sin lugar a dudas, revelador y es la parte más extensa de la presentación de Juan. Ambos, como se desprende de lo que se dijo, “son ríos apartados y distintos, pero se alimentan de un agua común a la poesía y la narrativa”. Convergen de manera impresionante. Joyce recibe ejemplares de su naciente *Ulises* en 1921, año en que muere López Velarde y nace, a su vez, “La suave Patria”. Y si de nacimientos y paternidades hablamos, los dos atienden el tema. El primero es antibritánico, el segundo antiyanqui. Ambos se forman en medios profundamente católicos aunque lo resuelven de manera distinta. “En el penúltimo capítulo de *Ulises*”, nos dice Villoro, “Joyce enlista los temas de los que hablan Bloom y Dedalus. Asombrosamente, es el repertorio, casi íntegro, de López Velarde: la música, la literatura, la comida, la patria, la prostitución, la Iglesia católica, el celibato eclesiásti-

co, la identidad y la educación religiosa”. Y así sigue enumerando muchas similitudes que nos llevan a reflexionar para dejar en claro una cosa: en el caso de estos dos autores los paralelismos son coincidentes no así en otros escritores en donde la toma de frases o ideas son evidentes. Por otra parte, cuando pensamos que ya todo está dicho acerca de un tema específico, resulta que una observación atinada plantea nuevas perspectivas a la investigación. Este es el caso.

El final que hemos escuchado ocurre hoy, en esta noche del 25 de febrero del año 2014. La esencia del poeta entra a un zaguán en donde se anuncia “Históricas pequeñeces. Vertientes narrativas en Ramón López Velarde”. Escucha atento las palabras de Juan. Con ellas ha logrado el regreso: “El poeta que se fue acaba de volver...”.

Querido Juan:

No sé si llené las expectativas que esperabas cuando me elegiste para dar respuesta a tus palabras. Si es así, qué bueno; si no lo es, la culpa es mía. Como pretexto puedo decir que el mundo de la literatura me apasiona y he tratado de penetrar en él a costa de que la vista se desgaste y el espíritu se enriquezca. Soy rilkeano de corazón y también un villorista empedernido. Pero decía que quizás un buen pretexto, si acaso estas palabras se quedan cortas para elogiar tus escritos y tus aportes, es que mi quehacer cotidiano es estar en contacto con los hombres que fueron y que el tiempo los dejó ocultos en la tierra. Soy, simplemente —recordando a Proust—, un buscador del tiempo perdido. La arqueología, esa máquina del tiempo que nos transporta al tiempo ido y que no te es ajena, pues en tus trabajos has incurrido en ella como quedó dicho, nos lleva a develar el rostro de la vida y de la muerte.

Mi agradecimiento por tu confianza; mi agradecimiento por tus incontables escritos y por los que habrán de venir; mi alegría de que hoy ingreses a El Colegio Nacional en donde nombres como los de Alfonso Reyes, Mariano Azuela y Enrique González Martínez fueron parte del grupo fundador. Les siguieron personalidades del mundo de las letras como Jaime Torres Bodet, Antonio Castro Leal, Agustín Yáñez, Octavio Paz, Jaime García Terrés, Salvador Elizondo, Rubén Bonifaz Nuño, Carlos Fuentes y recientemente la partida siempre llorada de José Emilio Pacheco. Todos ellos fueron consagrados hacedores de letras que han privilegiado al Colegio con su presencia. Te integras así al grupo de distinguidos escritores que hoy son parte de nuestra institución: Ramón Xirau, Gabriel Zaid y Fernando del Paso. Los que fueron y los que son forman un Parnaso que hicieron y han hecho de la palabra su razón de ser.

Gracias, en fin, que por méritos propios hoy formes parte de este grupo selecto que tanto ha dado a la literatura. Todos ustedes honran al Colegio Nacional, el Colegio Nacional los honra a ustedes. **U**

<sup>1</sup> Víctor Manuel Mendiola, *La Suave Patria, Ramón López Velarde*, El Tucán de Virginia, México, 2013.